HOY DE HOY DE DOS MIL HOY

Fernando Almena

(Extracto del artículo publicado en «Actores», junio de 2000)

El teatro en la escuela, el realizado por los escolares, con todas las bondades que comporta, parece que va tomando un ligero auge debido a que se van venciendo, eso sí, con parquedad, las habituales reticencias del profesorado hacia este género. En buena medida ocasionadas por su falta de preparación en esta actividad, por la que ningún ministerio ni consejería de Educación han mostrado el menor interés, y me refiero a la preparación, que por la actividad en sí su interés ha sido casi el mismo. Y no me arguyan que se ha incorporado a la enseñanza como actividad artística optativa y demás garambainas. ¿De qué modo?, ¿sin entusiasmar con el proyecto a los directores de los centros?, ¿sin motivar al profesorado?, ¿sin formarlo en materia teatral, o, en su defecto, sin incorporar a la enseñanza a los profesionales y titulados en Arte Dramático? Que se diga dónde están esos cursos de formación, con qué incentivos cuenta el profesorado para realizarlos.

Que yo sepa, sólo en la UNED se imparte el curso «El teatro como recurso educativo», y porque dos soñadores o locos –léase como mejor plazca–, la profesora Julia Butiña de dicha universidad y quien suscribe, nos metimos en el empeño tan absurdo o demencial –vuelva a leerse como mejor plega– de enseñar teatro a distancia. Y, a pesar de todo, funciona.

Sin abandonar la escuela, detengámonos en el texto teatral para lectura y comentario. ¿Se lee suficiente teatro escuela? No, de manera rotunda no. La narrativa acapara el campo de la lectura. Y a pesar de todo, podemos sentirnos satisfechos porque casi se ha terminado con la trasnochada teoría de que el teatro es lectura complicada o abstrusa para el niño y se ha demostrado que le encanta leer teatro, porque es ágil, favorece su imaginación y le permite ejercerla más que con otras lecturas, es conciso y más próximo a lo audiovisual, que domina la mayor parte de sus actividades lúdicas. Admito que se ha avanzado en este campo, pero con timidez. Aquí se produce una paradoja: el profesorado demanda el libro teatral, pero no lo incluye entre los que recomienda a sus alumnos. Por eso apenas se edita teatro infantil, porque no se vende Al no venderse, los comerciales de las editoriales se le oponen. Priman los objetivos de ventas, que no niego que sean lógicos para la empresa privada. Sólo editoriales como Everest y CCS refuerzan su oferta teatral cuando las demás renuncian o enseñan su patita timoratamente al mercado. ¿Es que no existen un ministerio o unos gobiernos autónomos apoyando la edición con subvenciones, acaso esos apoyos no podrían fomentar selectiva o prioritariamente estas publicaciones marginadas?, ¿es que no existen miles de bibliotecas en nuestro país a las que dotar de un amplio fondo teatral?